

ENTREVISTA A MICHAEL HUDSON

EL SISTEMA FINANCIERO DE OCCIDENTE AL BORDE DEL COLAPSO

El estadounidense Michael Hudson (Mineápolis, 1939) es uno de los economistas heterodoxos más lúcidos, prolíficos e influyentes de la actualidad. Marxista confeso y militante, hijo de un combativo dirigente sindical trotskista de Minesota (que descolló en las históricas protestas de los *Teamsters* y otras huelgas masivas de la Gran Depresión), se crio en el corazón industrial del Medio Oeste durante la Segunda Guerra Mundial y la posguerra. Formado en las universidades de Chicago y Nueva York entre finales de los cincuenta y 1968, dio clases durante más de treinta años en la University of Missouri-Kansas City (UMKC), institución a la que sigue vinculado como profesor emérito, igual que a dos prestigiosas academias de la República Popular China: la Universidad de Beijing y la Universidad de Ciencia y Técnica de Huazhong. Es investigador del Instituto de Economía Levy del Bard College, miembro fundador y presidente del Institute for the Study of Long-Term Economic Trends (ISLET), ex analista financiero de Wall Street y asesor de diversos organismos gubernamentales y no gubernamentales, amén de comentarista y conferenciante.

Hudson, quien reside en la ciudad de Nueva York, es mundialmente reconocido por sus críticas al sistema de Bretton Woods, la globalización neoliberal, el imperialismo estadounidense, la Escuela de Chicago, el capitalismo usurario y la especulación financiera, así como por sus contribuciones a la historia de la deuda en las sociedades de clases, capitalistas y precapitalistas, occidentales y no occidentales (desde la Edad de Bronce hasta el siglo XXI). Ha escrito numerosos libros, algunos de los cuales han sido traducidos al castellano: *Superimperialismo: la estrategia económica del imperio estadounidense* (Doposa, 1973), *Matar al huésped: cómo la deuda y los parásitos financieros destruyen la economía global* (Capitán Swing, 2018) y *La tradición perdida de las cancelaciones de deudas bíblicas* (Dykinson, 2025). Otras de sus obras más destacadas son *Global Fracture: The New International Economic Order* (Harper & Row, 1977), *Trade, Development and Foreign Debt: A History of Theories of Polarization v. Convergence in the World Economy* (Pluto, 1992, 2 vols.) y *The Destiny of Civilization: Finance Capitalism, Industrial Capitalism or Socialism* (ISLET, 2022). Su libro más reciente es *Temples of Enterprise: Creating Economic Order in the Bronze Age Near East* (ISLET, 2024). Posee una página web, donde publica artículos sobre macroeconomía, geopolítica y otros tópicos de coyuntura con asiduidad: *Michael Hudson on Finance, Real Estate and the Powers of Neoliberalism*.¹

El 20 de agosto del corriente año, el analista y *youtuber* noruego Glenn Diesen lo entrevistó para su popular podcast *The Greater Eurasia*. La entrevista fue publicada bajo el título «The West's Financial System on the Brink of Collapse». En ella, Hudson ofrece una estupenda panorámica macrohistórica y comparativa sobre el fenómeno crematístico de la deuda, retrotrayéndose a las sociedades antiguas del Cercano Oriente (sumerios,

¹ <https://michael-hudson.com>.

babilonios, egipcios, hebreos, etc.) para, desde allí, seguir su evolución hasta el presente, a través de la civilización grecorromana, la Cristiandad medieval y la modernidad capitalista (con sus diferentes etapas).² La entrevista dura casi una hora. Hemos transcrito y traducido el video para ustedes, utilizando aplicaciones de IA (YouTranscripts y DeepL). El texto ha sido revisado y corregido por nosotros.

Bienvenidos de nuevo a todos. Hoy nos acompaña el profesor Michael Hudson y recomiendo a todo el mundo que siga su trabajo, así como su propia página web. He dejado el enlace en la descripción, así que es un placer volver a verle.

Es un placer estar de vuelta.

Obviamente has escrito muchos libros importantes, especialmente sobre economía política, y en libros como *El colapso de la Antigüedad* abor das también la historia de las finanzas. Quería hablar hoy contigo sobre parte de esa historia porque creo que es extremadamente importante comprenderla. La actual crisis financiera parece estar acelerándose y está claro que todo el sistema financiero no es sostenible. Parece que podríamos estar acercándonos a un precipicio. A lo largo de la historia, la gente tiende siempre a dar por hecho que el *statu quo* actual es permanente, aunque siempre acabe demostrando ser temporal. Así que pensé que para entender la historia podemos comprender algunos de los cambios, pero también la continuidad del sistema y las alternativas. De nuevo, esa era mi idea principal, si podemos dar un paso atrás, mirar esta historia y apreciar mejor dónde estamos ahora. Y supongo que una pregunta muy amplia sería, ¿qué podemos aprender sobre el sistema actual al voltear la vista hacia atrás? O, ¿cuáles dirías que son las constantes, por ejemplo, de las tendencias oligárquicas del sistema financiero. ¿Cómo lo ves?

La mayor parte de mi trabajo durante los últimos cincuenta años ha consistido en escribir una historia de la deuda y la banca. Ya a finales de los años 70 estaba claro que los países del sur global atravesaban una crisis de deuda, que casi todas las economías occidentales estaban viviendo lo que se llamaba un “ciclo económico”, pero que era algo mucho más que un ciclo económico. Cada recuperación se producía con un nivel de deuda cada vez más alto y era evidente que esto se estaba volviendo inalcanzable.

Yo quería ver cómo había empezado todo. Por eso pasé mucho tiempo, 25 años, dirigiendo un grupo de Harvard que escribía la historia económica de Mesopotamia, Egipto e Israel, del antiguo Oriente próximo, ahora llamado Asia occidental, y estudiando qué hizo que Occidente fuera tan distinto de todo lo anterior. Y creo que la mejor manera de plantear la respuesta a tu pregunta es la siguiente. La retórica actual, tanto política como financiera, contrapone a Estados Unidos y Europa, como democracias, con China y otros países que no forman parte de la alianza de Estados Unidos, a los que llama “autocracias”. Y con “autocracias” se refieren a una economía mixta, lo que en el siglo XIX solía llamarse socialismo, inversión pública en infraestructuras básicas a tipos subvencionados, leyes públicas antimonopolio para impedir las rentas de monopolio. Todo el impulso del capitalismo industrial del siglo XIX en Europa y Estados Unidos consistía en gravar las rentas económicas, en gravar la renta de la tierra como base impositiva natural, en evitar que surgieran rentas monopolísticas y, en última instancia, en convertir el dinero y el crédito en un servicio público.

Todo esto era lo que el capitalismo industrial quería hacer para reducir su propio costo de vida, su costo de hacer negocios, toda la estructura de costos, y ser más eficiente. Pues bien, la manera de ser más eficiente era impedir la privatización de monopolios naturales como los ferrocarriles y las comunicaciones, algo que se ve

² www.youtube.com/watch?v=MWZ8hTwOCUU&t=15s.

tras la Inglaterra de Thatcher. Y resulta que la definición estadounidense de “autocracia” es cualquier papel para el gobierno que esté a la derecha de lo que hicieron Margaret Thatcher y Ronald Reagan en los años 80. Así que analicé qué hacía distinto a Occidente de lo anterior y no era la democracia.

Aristóteles escribió un estudio sobre las constituciones de todo el mundo que conocía y dijo que todas las constituciones se llamaban a sí mismas democracias, pero en realidad eran autocracias. Y eso era parte del problema. Y todo Occidente ha sido realmente único en la historia, como afirma frente a lo que existía antes, las sociedades de la edad del bronce, que eran principalmente sociedades asiáticas, desde Mesopotamia y Egipto hasta China. Y el rasgo distintivo de todo el despegue de la civilización económica durante los primeros tres mil años fue tener un gobernante central. Los historiadores no están seguros de cómo caracterizar a esos gobernantes. Los llaman “realeza divina” en Mesopotamia y en Egipto, o “emperadores” en el confucianismo que gobierna China. Y la función de la autoridad central, el rey, el templo o el emperador era la de mantener la prosperidad popular, y se supone que de eso se trata la democracia.

Occidente cree que la democracia se logra mediante las urnas, votando, pero si se fijan en las constituciones de la Roma y la Grecia tempranas, concentraban todo el poder político en manos de la aristocracia, los terratenientes y los acreedores. Se podía votar, sí, pero votaras a quien votaras, sería parte de la oligarquía que se volvió cada vez más depredadora y llevó al resto de la población al endeudamiento. Y, en realidad, fueron esas dinámicas de deuda las que acabaron destruyendo el Imperio Romano que había absorbido la antigüedad clásica. Son las mismas dinámicas de deuda que se producen hoy. Sin embargo, lo que se observa en los primeros milenios de la civilización y de eso trata mi libro *And forgive them their debts: Lending, Foreclosure and Redemption From Bronze Age Finance to the Jubilee Year* [*Y perdónales sus deudas: Préstamos, ejecuciones hipotecarias y redención desde las finanzas de la Edad del Bronce hasta el Año del Jubileo*], mis estudios de Harvard, y los artículos que publiqué en *Temples of Enterprise: Creating Economic Order in the Bronze Age Near East* [*Templos de la empresa: Creando orden económico en el Cercano Oriente de la Edad del Bronce*]. La idea que hizo tan diferente el despegue de la civilización en toda Asia, de nuevo, desde Mesopotamia hasta Egipto y China, fue el reconocimiento de que la gran fuerza desestabilizadora era que la deuda creciera más rápido que la economía capaz de pagarla. Y esa era la directriz política básica de todos los gobernantes.

Lo que veían y de lo que trataba toda la literatura antigua hasta llegar a Aristóteles y Platón era esta tendencia de la deuda a crecer más rápido que la capacidad de pago. Y cuando eso ocurre, los deudores tienden a caer en relaciones de clientelismo y servidumbre, o incluso en la esclavitud y la servidumbre feudal frente a los acreedores. Y eso es lo que le ocurrió a Occidente. Esa misma dinámica de polarización de la deuda se produce hoy. Bien, lo que hizo tan diferente el desarrollo asiático y lo que hace tan distinto el desarrollo de China y su despegue frente a la política financiera occidental actual es que impidió que se desarrollara una oligarquía financiera. Y cuando yo estudiaba en los años 50 en la Universidad de Chicago, uno de los principales libros que teníamos que leer era *La República* de Platón. Y todo el tema de *La República* de Platón consiste en que Sócrates empieza diciendo: “Supongamos que le has pedido prestada un arma a una persona muy hostil y que, si le devuelves el arma, la va a usar para matar gente y hacer algo malo”. ¿Es justo que tengas que devolverla? Ese fue su punto de partida para decir: “¿Y si le debes dinero a una oligarquía depredadora y usan el dinero que les pagas para endeudar a otras personas y reducirlos a una relación de dependencia?” Y después de una larga discusión, Sócrates dijo que la solución es lo que nos ha llegado traducido como “rey filósofo”. Bueno, no era en absoluto un “rey filósofo”. Lo que Sócrates dijo fue, ¿cómo vamos a afrontar el principal problema económico de nuestro tiempo: el dinero, el amor, la deuda, la adicción a la riqueza (en el sentido de que el dinero y la riqueza son una especie de poder económico y social, y eso es adictivo)? Entonces, ¿cómo vamos a evitar eso? Y Sócrates dijo: la solución es tener un gobernante que no tenga riqueza financiera, que no tenga propiedades, y que por lo tanto no se haya vuelto adicto al dinero, todavía. Por supuesto, eso no sucedió, como todos sabemos.

¿Cómo evitó la Antigüedad esto? Toda la literatura que conocemos desde el principio, desde Mesopotamia hasta Egipto y China, decía que el papel de un gobernante, sea como lo llamemos, es mantener el equilibrio económico y mantener a la gente próspera y no infeliz. Hay que evitar la explotación. Hay que impedir que la gente caiga en una relación de dependencia con sus acreedores y huya, porque necesitamos la población para nuestro ejército, para construir nuestras murallas y toda nuestra infraestructura pública. Así que el denominador común en todas las zonas rurales de Asia occidental era una cancelación de deudas, y desde Sumer y Babilonia, pasando por Hammurabi, hasta llegar al año del jubileo judío del Levítico 25, la formulación era exactamente la misma. Con nuevos gobernantes, o de forma periódica, o cuando había una sequía o una inundación que impedía obtener las cosechas, ¿cómo se evita que esa acumulación de deudas imposibles de pagar empobrezca a la sociedad y lleve a los acreedores a imponerse sobre los demás? Pues bien, todos los nuevos gobernantes de Babilonia, de Sumer, y al parecer durante un tiempo también de Egipto, empezaban su reinado cancelando las deudas agrarias personales, no las deudas comerciales que se mantenían intactas, sino las deudas de los ciudadanos por pagos atrasados. Se cancelaron las deudas de grano y se liberó a los siervos por deudas que habían sido entregados como garantía a los acreedores, no a los esclavos, sino a los ciudadanos y a sus familias que habían quedado comprometidos a trabajar para sus acreedores. Se los liberó y se les devolvieron las tierras que los campesinos endeudados habían entregado en garantía, junto con sus derechos sobre las cosechas, en circunstancias difíciles. Esa era la pieza central. Dicha tradición estuvo completamente ausente en Occidente desde el inicio, y no había forma de establecer una tradición así sin un gobernante central, un rey divino, un faraón, un emperador, cuya función fuera supervisar y actuar como regulador para impedir que la deuda creciera más rápido que la capacidad de pago y polarizara a la sociedad.

Eso es exactamente lo que está ocurriendo hoy en las economías occidentales. Desde el final de la Segunda Guerra Mundial se ha ido acumulando deuda de forma constante y esa es en realidad la crisis que estamos viendo. Las deudas ya superan la capacidad de pagarlas sin empobrecer al resto de la economía. Es como si se estuviera imponiendo un plan de austeridad del FMI, no solo a los países del Sur global, como ocurría con la mayoría de los prestatarios del FMI, sino también a las propias naciones industriales desarrolladas. Ese es el problema en el que estamos. Y cuando se observa el despegue de China, ¿qué hace que China esté tan al margen de todo esto? China ha mantenido el dinero y la creación de crédito en manos del gobierno, del Banco Popular de China. Nunca ha tenido una clase financiera independiente que desempeñe el papel que desempeñan los bancos occidentales: financiar adquisiciones empresariales, prestar dinero para comprar propiedades o adquirir activos, en lugar de invertir en fábricas, maquinaria y formación de capital tangible.

En las economías occidentales, el papel de las finanzas y el destino de sus préstamos han sido en gran medida improductivos. Se crea riqueza financiera mediante el apalancamiento de la deuda, prestando dinero a la gente para comprar inmuebles, acciones o bonos cuyos precios se inflan, creando cada vez más dinero para comprar más inmuebles, más acciones y más bonos a precios más altos. Y por eso casi todo el crecimiento de la economía estadounidense desde 2009 ha tenido un carácter financiero. No ha adoptado la forma de inversión industrial tangible, ni de aumento del nivel de vida de los trabajadores o de la economía en su conjunto, y mucho menos de la clase media. Toda esta riqueza financiera se ha concentrado en manos del 10% más rico de la población, especialmente del 1% más rico, como creo que ya hemos comentado antes. Y lo que ha hecho que las economías tengan más éxito desde el comienzo de los registros históricos, hace cinco mil años, lo que ha hecho que las sociedades y las economías tengan éxito es evitar esta polarización financiera y la acumulación de riqueza financiera en forma de derechos de cobro sobre los deudores. La riqueza de los acreedores derivada de la propiedad de activos, acciones, bonos o bienes inmuebles es un derecho de cobro sobre los inquilinos, un derecho de cobro sobre los deudores. Es renta económica.

Y, si se fijan en lo que planteaban Adam Smith, John Stuart Mill, el propio Marx, toda la doctrina del capitalismo industrial del siglo XIX intentó resolver este problema diciendo, básicamente, “queremos asegurarnos de que todo el dinero se cree para aumentar la capacidad de pagar las deudas y obtener

beneficios, y que esos beneficios se reinviertan en más investigación y desarrollo a largo plazo y en la formación de capital tangible, más fábricas, más contratación”. Esa era toda la doctrina de la economía clásica, y el mundo entero parecía avanzar en esa dirección hasta la Primera Guerra Mundial.

La Primera Guerra Mundial lo cambió todo. El acuerdo de paz sobre las reparaciones alemanas y las deudas entre los aliados era todo un sistema de relaciones favorable a los acreedores, y eso acabó provocando no solo el empobrecimiento de Alemania, sino también de muchos países europeos. Gran Bretaña tuvo una gran huelga general en 1926. Francia tuvo su propia hiperinflación. Así que después de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos fue más o menos quien se encargó de diseñar cómo iba a funcionar y estructurarse la economía de posguerra y dijo: “De acuerdo, esta vez no habrá reparaciones ni deudas entre los aliados. Pero vamos a volver a tener reglas favorables a los acreedores”. Y hubo todo un debate entre los negociadores estadounidenses y Keynes. Keynes decía: “Si no quieren que la economía de posguerra acabe pareciéndose a la economía europea tras la Primera Guerra Mundial, tienen que establecer algún modo de cancelar las deudas de los países que mantienen un déficit constante en la balanza de pagos debido a su déficit comercial, ya que deben cada vez más dinero para pagar las externas que han contraídos para financiar esos déficits. Hay que condonar las deudas de estos países, y se necesita un nuevo banco internacional con poder para reducir los créditos de los países que mantienen superávit de forma continuada –como Estados Unidos–, y para eliminar las deudas de los países con déficit –como se esperaba que hiciera Gran Bretaña.”

Keynes trabajaba para el tesoro británico, pero los estadounidenses lo rechazaron, y en lugar del banco de Keynes, crearon el Fondo Monetario Internacional, que impone reglas orientadas a los acreedores y políticas de austeridad a los países deudores. A finales de los años 90 y principios de los 2000 había países que intentaban evitar acudir al FMI como si fuera la peste, porque sabían que imponer un programa de austeridad no te permitía realmente saldar las deudas. Paraliza la economía, desvía los ingresos de la inversión en nuevo capital y en medios de producción en agricultura, industria, transporte e infraestructuras para pagar a los acreedores, y por tanto es destructivo.

Pues bien, lo que antes sólo se imponía a los países del Sur global, ahora se está imponiendo a las economías de Estados Unidos y Europa, y se están empobreciendo por la misma dinámica. De repente, volvemos a estar en la misma dinámica de siempre, que se ha repetido una y otra vez. Las deudas crecen más rápido que la capacidad de pagarlas, y tienen que reducirse. Y si no se reducen las deudas hasta un nivel que puedan pagar los ciudadanos, la fuerza laboral, y ahora incluso las empresas y el Estado, se producirá el mismo tipo de estancamiento que vimos en los años 20. Y el problema que señaló Keynes es que esta carga de deuda no sólo empobrece a los deudores. El dinero que se paga al país acreedor como Estados Unidos se utiliza simplemente para ganar dinero en el ámbito financiero y para alimentar un auge bursátil. Y eso termina en un desplome que también acaba con los acreedores.

Se ha investigado mucho sobre cómo empezaron estos acuerdos de posguerra. Un ejemplo es el acuerdo tras la Guerra franco-prusiana de 1871. Fue entonces cuando Alemania insistió en que Francia pagara reparaciones por haber perdido la guerra, y pasó al oro. Alemania adoptó el patrón oro e hizo que los demás la siguieran. Fue entonces cuando el patrón oro se extendió realmente desde Gran Bretaña, que lo había adoptado a principios del siglo XIX, a otros países. Alemania obligó a otros países a pagar en oro. El mercado alemán se volvió muy próspero y acabó en una burbuja ferroviaria y bursátil que luego estalló. Así que esta acumulación de deuda no sólo destruye riqueza en los países deudores, sino también en los propios países acreedores. Esa es la situación en la que estamos hoy. Las economías de Estados Unidos y Europa que se han financierizado han utilizado esta riqueza simplemente para conceder préstamos y ganar más dinero en el ámbito financiero. Y, de hecho, para eso se ha destinado la mayor parte de los créditos bancarios. Y la única manera en que Estados Unidos ha podido sostenerse financieramente ha sido, en esencia, prestando a

los deudores el dinero para pagar los intereses. Esto no funcionó en los siglos XVI y XVII, y siempre acaba convirtiéndose en un esquema Ponzi. Y ese es básicamente el problema al que se enfrenta hoy todo Occidente.

Es una respuesta algo larga a tu pregunta, pero ese es el gran marco histórico del que tú y yo hemos hablado.

Bueno, has dicho que esto está llegando a su fin, pero ¿cuáles son, por decirlo así, los mecanismos que hacen que todo termine? ¿Cómo serán las consecuencias si no se cancela la deuda? Como has dicho, perjudica a los deudores, pero al final también acaba con los acreedores.

El 40% de la población estadounidense, según la Reserva Federal, no tienen ningún ahorro. Vive de nómina en nómina, y el resultado es que vive de sus tarjetas de crédito. Los intereses de las tarjetas empiezan con el 19% y los tipos de penalización son aún más altos, elevando el tipo de interés efectivo por encima del 30%. Eso significa que la deuda de los consumidores, simplemente por pedir dinero prestado para llegar a fin de mes, para la supervivencia básica, se duplica cada 3 años. Sin embargo, los niveles salariales no lo han hecho así. Los salarios no han aumentado al mismo ritmo. Por ello, tener que pagar esas deudas ha obligado a la mayor parte de la población de Estados Unidos a reducir su gasto de consumo. Y la Reserva Federal informa que la mitad del aumento del gasto de los consumidores ha correspondido enteramente al 10% más rico de la población. Y se trata de bienes de lujo, importaciones de moda italiana, coches, yates y cosas así. Pero el mercado interno de los asalariados se ha reducido porque no pueden permitirse gastar los ingresos que les quedan después de pagar sus impuestos, su seguro médico y el servicio de su deuda. Después de pagar a las compañías de tarjetas de crédito, a los bancos por sus hipotecas y préstamos para el automóvil, no les queda suficiente para comprar los productos que fabrica la industria estadounidense y la extranjera. El resultado de esta tendencia, esto es, de que el servicio de la deuda crezca más rápido que la economía, es la desindustrialización, porque los ingresos se destinan al servicio de la deuda, no a comprar los productos que producen dentro de este flujo circular que se supone debe reforzar e impulsar de forma constante la prosperidad y el crecimiento económicos.

Ahora quería preguntarte por lo que has escrito sobre la relación entre la guerra y la banca moderna, porque existe entre ellos un vínculo bastante interesante y relevante.

Tengo un libro que se publicará dentro de uno o dos meses sobre la historia de cómo se desarrolló la banca internacional desde las cruzadas hasta la Primera Guerra Mundial. Y lo que ocurrió... lo que descubrí es algo único. Fue la propia Iglesia, la Iglesia romana, la que creó la banca internacional y patrocinó a los bancos internacionales invirtiendo todas las enseñanzas cristianas contra la usura. Y Roma trató, en esencia de iniciar una lucha religiosa y política contra los países que se resistían a su control. Las cruzadas empezaron antes de las cruzadas formales, luchando contra Alemania y más tarde contra Francia. Las cruzadas fueron contra otros países cristianos occidentales que se resistían al control romano. El problema para Roma y el papado era que no tenían mucho dinero para contratar tropas, no tenían ejército, como bromeó Stalin sobre los papas después de la Segunda Guerra Mundial. ¿Qué podían hacer? A partir del siglo XI reclutaron a caudillos normandos como Guillermo el conquistador de Inglaterra, que era un caudillo militar. Le dijeron: “Te apoyaremos y legitimaremos tu gobierno si conquistas Inglaterra. Nos juras fidelidad y prometes pagarnos un tributo en forma del Óbolo de San Pedro, además de permitir que nuestra iglesia nombre obispos en todo tu reino”. Los obispos se encargaban de la financiación de la Iglesia, y la Iglesia era la mayor propietaria de tierras y perceptora de rentas de toda Europa. Guillermo aceptó y, en esencia, se convirtió en rey al hacer de Gran Bretaña un feudo de Roma. Apenas una década antes, Roma había hecho el mismo contrato —y tenemos copias del contrato del que hablo en mi libro— con el caudillo que conquistó el sur de Italia y Sicilia. “Te haremos rey de Sicilia, Roberto Guiscardo. Respaldaremos tu realeza. Tienes que jurarnos fidelidad. Obedecerás nuestras directrices y nosotros nombraremos a los obispos. El derecho de investidura de los obispos que controlan las finanzas de la Iglesia en tu territorio”. Y así fue como se hicieron reyes.

A finales del siglo XI, en otros países, los reinos de Europa empezaron a oponerse a esto y entonces surgieron dos papas. Y el Papa romano, frente a un papa respaldado por Alemania, dijo: “Ayudemos a sostener a Bizancio, al Imperio bizantino, amenazado por la invasión turca. Salvémoslo. Salvemos Jerusalén de los musulmanes”. Así, mediante una gran victoria de relaciones públicas, organizaron a los reyes de todos los países europeos para ir a luchar. El objetivo real era conquistar Constantinopla y el Imperio bizantino. Saquearon Jerusalén. Saquearon Jerusalén cuando llegaron allí. Y Jerusalén no necesitaba protección de los musulmanes, sino de los cristianos, porque los musulmanes permitían las iglesias cristianas y no tenían nada contra el cristianismo. En el siglo XI, los cruzados saquearon la propia Constantinopla e intentaron, en esencia, incorporarla a la Iglesia romana. Los obispos orientales se opusieron a ello y así se produjo la división entre la Iglesia romana y el cristianismo ortodoxo oriental con cuatro de los cinco grandes obispos. Constantinopla, Antioquía, Jerusalén y Alejandría se resistieron en cierto modo a esto. Así que la Iglesia romana, el papado imperial, dijo: “Vamos a tener que seguir luchando contra Alemania y otros países que se resisten a nuestro control. ¿Cómo vamos a conseguir el dinero?”. Los caudillos normandos tenían un ejército, pero no tenían dinero para hacer la guerra. Así que fue el Vaticano quien apoyó a los banqueros del norte de Italia y a los banqueros justo al otro lado de los Alpes, los caorsanos, en Caorse. Y los legados papales llevaban contratos bancarios a reyes como Enrique III de Inglaterra, hijo del rey Juan, y les decían: “Haremos que tu hijo sea rey de Sicilia, porque los alemanes y la iglesia bizantina han dominado las ciudades de Sicilia y del sur de Italia. ¿Le interesa?” Bueno, hubo toda una lucha de los varones que ya se habían opuesto al rey Juan cuando intentó gravarlos con impuestos en 1215. La carta magna fue una lucha de los varones contra los impuestos que el rey imponía para ir a la guerra, y esos impuestos, en esencia, se habrían financiado mediante préstamos de los bancos. El Papa excomulgó a los varones que apoyaban la Carta Magna, alegando que intentaban impedir que se concediera al rey una deuda con intereses. 50 años después, se produjo la misma lucha de los varones contra Enrique III, que intentaba imponer impuestos para obedecer a los papas. Y hubo una guerra civil en Gran Bretaña. Y de nuevo, el Papa de entonces excomulgó a los líderes de la guerra civil que se oponían a esto. En esencia, santificó la deuda y se opuso a quienes se oponían a la deuda. Invertió por completo la doctrina cristiana contra la usura para crear una clase bancaria internacional de italianos del norte y otros banqueros internacionales que hiciera préstamos a los reyes apoyados por Roma en la guerra político-religiosa contra otros países europeos y, en última instancia, contra el propio imperio bizantino. En el siglo XI, la Iglesia ya había empezado a resolver un problema sobre el que los papas escribieron toda una estrategia. Y la estrategia era la siguiente: “Tenemos derecho a gobernar sobre reinos seculares. Tenemos que convertir a los gobiernos de esos reinos en un brazo de la Iglesia romana. ¿Cómo lo hacemos? Lo hacemos por vía financiera. Lo hacemos tomando el control de su política fiscal. Y esa política fiscal la determina, en primer lugar, la Iglesia y, en segundo lugar, haciendo que los reyes se comprometan a seguir la política fiscal que apoyamos para obtener tributos de esos reinos con los que pagar a los ejércitos de los señores de la guerra, principalmente los normandos, a quienes hemos contratado para librar nuestras guerras”.

Así que durante los siglos siguientes se desarrolló una banca internacional muy distinta de la de la antigüedad. Lo que diferenciaba toda esta banca internacional de lo anterior, en cualquier parte del mundo, era que antes del crédito no existía realmente la banca, ni siquiera en la antigüedad clásica. Aunque había una oligarquía financiera, se consideraba un acto antisocial ganar dinero mediante la usura. No se distinguía entre usura e interés. Cualquier cobro de intereses se llamaba usura y ganar dinero mediante actividades mercantiles se tenía por muy expoliador. Así que las principales familias aristocráticas delegaban sus operaciones financieras en sus libertos, sus esclavos o alguien ajeno a ellas, externo. Había ciudades, pueblos enteros, como Puteoli, donde libertos actuaban como banqueros para los ricos. Pero no existía una clase bancaria, y la mayor parte de estos préstamos se destinaban al comercio mercantil o eran simplemente usura al consumo, especialmente para miembros ricos de la aristocracia que querían mantener su lujoso nivel de vida, pero también para los pobres que necesitaban dinero para salir adelante. A partir de las cruzadas,

Europa fue completamente distinta. Aunque muchas de las familias de banqueros habían hecho su fortuna mediante la financiación del comercio, no lo habían hecho prestando dinero. Cuando empezaron a conceder préstamos, no fue a los pobres. Tampoco a otros comerciantes. Fue prestando a los reyes para librar guerras y conquistar otros reinos. Después de que terminaran las cruzadas, a finales del siglo XI, la Iglesia ya no controlaba realmente todo esto. Pero la banca internacional y los reyes, los reyes seculares, lograron independizarse de Roma. En especial, el rey francés Felipe I nombró a un antipapa y a un papa que trasladó a Aviñón, lejos de Roma. Después de que Felipe capturara al Papa Bonifacio y lo sustituyera, fueron los propios reyes quienes tomaron el control y siguieron dependiendo de los bancos internacionales para que les prestaran el dinero con el que librar guerras, especialmente entre Inglaterra y Francia. Esas fueron la mayoría de las guerras, aunque también había otros reinos y nuevos señores de la guerra y reyes, todos pidiendo dinero prestado para luchar. Así que no se prestaba dinero a los pobres, sino a los sectores más ricos de la sociedad, a los reyes y a la Iglesia. Más tarde, cuando ciudades singulares prestaron dinero y pagaron a los reyes para lograr su propia independencia comunal, como Florencia, Genova o Venecia, que eran independientes, esos estados locales, parlamentarios o comunales se convirtieron en el prototipo de los gobiernos modernos. Y la ventaja de Florencia, por ejemplo, era que, a diferencia de los presupuestos reales, los reyes tenían enormes dificultades para pagar sus deudas externas a esos banqueros, porque lo único que tenían era su dominio real. Además, se les impedía gravar con impuestos la economía en su conjunto, porque su aristocracia, los varones, no estaban dispuestos a aceptarlo. Continuamente, suspendían pagos en Inglaterra y no dejaban de empeñar y perder las joyas de la corona una y otra vez. En cambio, en Florencia y en otras Ciudades-Estado, especialmente en las ciudades que acabarían formando la República Neerlandesa, estas comunas tenían la capacidad de gravar a toda la población y, en esencia, de actuar como agentes de cobro para los banqueros. Decían, “Si prestáis a los reyes de Francia, España o Austria, seguirán suspendiendo pagos porque no pueden recaudar el dinero para devolveros lo que os deben. Pero nosotros podemos ofrecer como garantía la riqueza de todos nuestros ciudadanos y gravar a todo el mundo. Priorizaremos el pago de nuestros préstamos externos que necesitamos para ir a la guerra y defendernos de los reyes católicos autocráticos. Actuaremos como agentes de cobro para ustedes”. Los historiadores llaman a esto el nacimiento del Estado fiscal, un estado gobernado por su política fiscal, dominada por clase bancaria. Así que los bancos, los banqueros internacionales, asumieron esencialmente ese control supranacional a escala europea de los gobiernos que la Iglesia, la Iglesia romana, había establecido en los siglos XI, XII y XIII. Todo esto se secularizó en manos de los banqueros y los estados fiscales que fueron capaces de acumular deudas muy por encima de lo que podían hacer las autocracias.

Me gustaría hacer una última pregunta: ¿qué lecciones sacamos de todo esto? Porque ahora podemos ver, más o menos, hacia dónde nos dirigimos a partir de ese pasado. ¿Qué cambios estructurales aconsejaría en esencia, porque obviamente el *statu quo* no va a durar mucho más?

Hoy tenemos una situación en la que la clase financiera está prácticamente al mando de la política y de la elaboración de las leyes, especialmente en Estados Unidos. Desde que la sentencia *Citizens United* de la Suprema Corte estableció que las corporaciones pueden tener comités de acción política, se pueden financiar campañas electorales de políticos que se presentan a las primarias y a las elecciones generales y que se comprometen a representar los intereses económicos de quienes los financian. Así que, en esencia, se ha privatizado el proceso de voto político en Estados Unidos y se ha entregado a los más ricos, a la clase multimillonaria. No sólo los acreedores. Ahora tienes a Silicon Valley, a la industria petrolera, a todos los grupos de presión, los monopolios, los intereses financieros, precisamente los intereses de los que el capitalismo industrial del siglo XIX intentó desprenderse para reducir el coste de producir bienes y servicios, ayudar a la industrialización y lograr una economía más competitiva. El capitalismo industrial fue revolucionario. Pretendía liberar a las economías de la clase terrateniente heredada de los tiempos feudales y de los monopolios que habían creado los banqueros internacionales para ayudar a los reyes a recaudar dinero

que el parlamento no podía controlar y con el que pagaban las deudas de guerra que habían contraído. En esencia, pretendía industrializar a la banca y hacer que sirviera a la formación de capital industrial, como estaba ocurriendo en Alemania y Europa central a finales del siglo XIX, en contraste con Inglaterra, donde la banca era mucho más cortoplacista y mercantil, en lugar de formar parte de una estrategia nacional de desarrollo. Lo que tenemos hoy es en esencia una oligarquía financiera que toma el control de la política. Y tal como advirtió Sócrates y describió Aristóteles, su afán de dinero hace que les interese aprobar leyes que sirvan a su búsqueda de mayor riqueza financiera, en lugar de desarrollar la producción de la sociedad, elevar el nivel de vida de la fuerza laboral e incrementar la inversión en capital tangible. Occidente liderado por Estados Unidos se está desindustrializando. China, al contrario, no se está desindustrializando. Ahora bien, la razón de esta desindustrialización es la financierización. En lugar de tener el capitalismo industrial que todos los economistas clásicos esperaban en el siglo XIX, tenemos un capitalismo financiero que crea riqueza financieramente, no de forma industrial. Y de hecho, la acumulación de riqueza financiera mediante el endeudamiento general de la economía tiende a empobrecerla, a polarizarla y a desindustrializarla. La hace menos competitiva frente a países o economías como China, que siguen básicamente la misma economía clásica que desarrollaron, en el siglo XIX, Adam Smith, John Stuart Mill, Marx y los economistas estadounidenses, quienes la desarrollaron para impedir que una oligarquía financiera redactara leyes en su propio interés a costa de la economía industrial y agrícola en general. Así que ese es el panorama general.

Los libros que he escrito sobre la antigüedad, el periodo feudal y la transición hacia los estados fiscales modernos explican todo esto y de ellos se desprenden los mismos principios básicos. Necesitas una autoridad central que supervise el sistema financiero y se asegure de que el dinero y el crédito se creen para financiar inversión tangible de capital en los medios de producción, para proporcionar infraestructuras públicas y para cubrir las necesidades básicas de la fuerza laboral. Y hacer que la salud, la educación y muchas otras necesidades básicas, además del transporte y las comunicaciones subvencionados, sean asequibles; hacer que a los empleadores les resulte menos costoso contratar y obtener beneficios. Porque los gastos de la mano de obra no se pagan simplemente con los salarios de los trabajadores, sino mediante subvenciones públicas para ello, que la clase de empleadores industriales no tiene que pagar. Esa era la estrategia del capitalismo industrial y de eso trataba la economía clásica. Esa es la principal razón por la que el plan de estudios académico en Estados Unidos ya no aborda la historia del pensamiento económico, porque ese pensamiento es la antítesis de Margaret Thatcher, Ronald Reagan, Milton Friedman y toda la escuela de Chicago, contraria al Estado y favorable a las economías rentistas. Creo que cuando se tiene esta perspectiva amplia, se ve que lo que está ocurriendo hoy, como he dicho, ha sucedido una y otra vez a lo largo de la historia. Esa dinámica es siempre la misma. ¿Cómo va a afrontar la sociedad su carga de deuda de una manera distinta a que los bancos creen dinero para prestárselo a los deudores para que paguen los intereses, acumulen todavía más deuda que genere todavía más intereses, necesiten aún más préstamos para seguir siendo solventes y conviertan la economía en una enorme estafa piramidal?

No hay que entender la democracia solo como poner urnas, sino como impedir esta transferencia de poder a la oligarquía. Pero sí, gracias por dedicarme este tiempo. ¿Tienes alguna otra reflexión?

Podríamos seguir otra hora aquí. Seguro podría entrar en muchos más detalles sobre todo esto. Quiero decir, ¿cuál va a ser el futuro del dólar? Es algo de lo que tú y yo hemos hablado. Los propios gobiernos son deudores en este nuevo sistema. Básicamente, en épocas anteriores no existía deuda pública. En realidad, esta es la primera vez que los gobiernos se han endeudado. Las economías posteriores a las cruzadas, el despegue de la banca internacional, han llevado a los gobiernos a endeudarse no solo con sus propios acreedores, sino también con banqueros internacionales. Ahora mismo, pese a que Estados Unidos respalda las normas favorables a los acreedores del Fondo Monetario Internacional y en contra de su propia mano de obra y su propia industria, las deudas tienen que pagarse. El gobierno dice: “Bueno, ya sabes, no tenemos por

qué hacerlo. No hay manera de que podamos pagar todos nuestros bonos del gobierno de Estados Unidos y las demás deudas que hemos emitido. ¿Por qué no usan simplemente estos pagarés del gobierno como su dinero?”. Y ese dinero no se puede canjear realmente, ya saben, por oro. No hay nada detrás, en realidad, porque simplemente estamos gastando nuestros déficits de balanza de pagos en gasto militar, en inversión extranjera. Simplemente lo inyectamos en la economía. Es nuestro dólar, pero es su problema, como dijo el gobernador de Texas, Connel, justo después de que Estados Unidos dejara de convertir el dólar en oro. Y otros países lo ven. Por eso casi todo el crecimiento de las reservas internacionales ha adoptado la forma de oro, divisas extranjeras e incluso criptomonedas, en lugar de pagos del gobierno de Estados Unidos. Ahora mismo, la Unión Europea tiene una mayor parte de sus reservas monetarias en oro que en dólares estadounidenses. Bien, ¿cómo va a responder Estados Unidos a esto?

Aquí es donde entramos en la dimensión política de la que tú y yo hemos hablado. Trump está intentando imponer un tributo a la economía europea y a otras economías mediante sus políticas fiscales. Viene a decir: “Van a tener que pagar por acceder al mercado estadounidense. Van a tener que pagar aranceles elevados. Van a tener que darnos todo tipo de concesiones”. Ha afirmado que quiere que Europa pague los costes militares de esa carga que en el pasado Estados Unidos ha asumido, y la política fiscal europea se ha convertido ahora básicamente en una rama de la OTAN en lo que respecta su política tributaria. Lo mismo ocurre en Oriente Próximo. Trump ha dicho: “Quiero que los países de la OPEP paguen el coste de nuestra guerra allí”. Y esa es la disputa. Por eso se ha producido una ruptura en el comercio del petróleo que probablemente llevará a una depresión internacional a finales de este año. Cuando Trump dice: “No podemos permitir que Irán controle el comercio en el estrecho de Ormuz y cobre aranceles y tasas de tránsito. Yo, Donald Trump, quiero quedarme con el 20% del comercio de petróleo de la OPEP como pago por la guerra que estamos costearo para defenderla”. El resto de los países de Oriente Medio, y ahora los países del Golfo Pérsico, están diciendo: “Un momento, no nos están defendiendo. Porque si atacan a Irán a través de nosotros, entonces Irán va a atacar nuestra producción de petróleo y va a cerrar sus bases militares aquí, por las que ustedes están pagando. La guerra que están pagando no nos está protegiendo. Ya ha destruido buena parte de nuestra producción de petróleo. Ha detenido nuestro comercio de petróleo”. Este es el punto muerto que estamos viendo entre Estados Unidos y los países del Golfo Pérsico. Y la postura de Irán es, bueno, si Estados Unidos bloquea nuestras exportaciones de petróleo, no va a salir petróleo del Golfo Pérsico. Irán está diciendo: “Ahora les toca decidir a los países extranjeros. Depende de Europa y Asia que consumen este petróleo, que necesitan todo este petróleo para sus propias economías, qué van a hacer para detener la guerra petrolera de Trump contra nosotros. Eso es lo que está configurando la cuestión ahora, y gran parte de esto se plantea en términos de la deuda exterior de Estados Unidos. ¿Van a seguir manteniendo otros países su deuda en bonos del tesoro estadounidense y pagarés, que sirven para financiar la guerra que ha terminado por frenar el comercio de petróleo y amenaza con empujar a Europa y Asia a una depresión económica al reducirse 25% del comercio mundial de petróleo, de fertilizantes, de helio y el comercio relacionado? Esa es la crisis que tenemos hoy y es un tipo distinto de crisis de las que hemos tenido antes. Pero básicamente ese es el contexto.

Muchísimas gracias. Siempre es muy instructivo escucharte. Vuelvo a recomendar a los espectadores que entren en tu página web y sigan tu trabajo, tanto lo que escribes como los vídeos que publicas allí, que son excelentes.